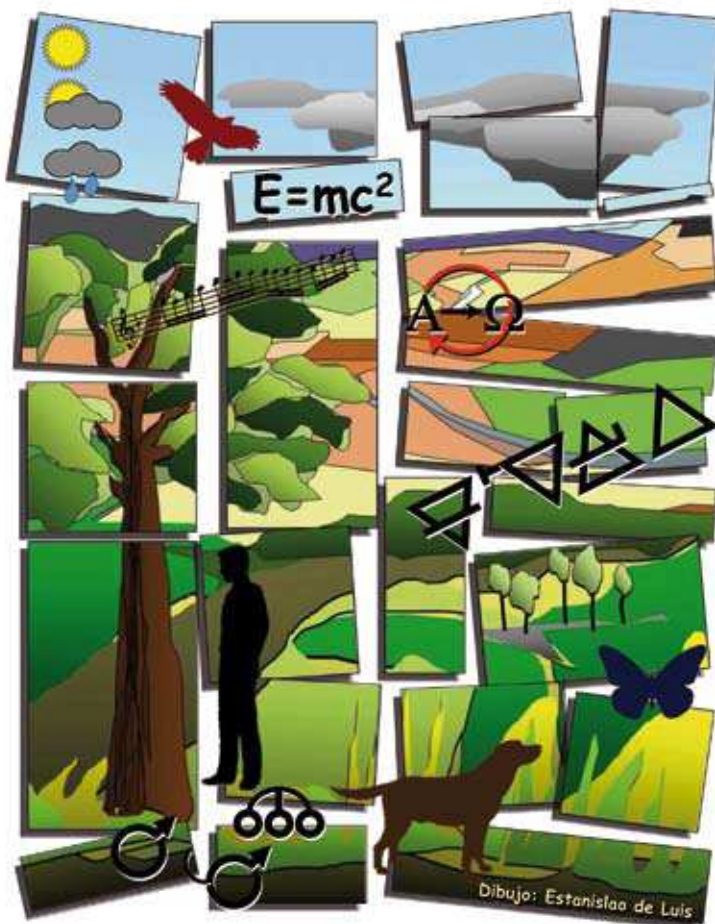


X FORO SOBRE DESARROLLO Y MEDIO AMBIENTE



El Paisaje Leonés

**X FORO SOBRE DESARROLLO
Y MEDIO AMBIENTE**

El Paisaje Leonés

Edita: Fundación MonteLeón

Obra Social Caja España

Texto: Estandislaio de Luis Calabuig

Fotografía: Editorial Mic / Norberto Cabezas

Producción: Editorial Mic - www.editorialmic.com

I.S.B.N.: 978-84-936704-6-7

Depósito Legal:

Reservados todos los derechos

© Fundación MonteLeón

Con esta obra la Fundación Monteleón concluye el **X Foro sobre Desarrollo y Medio Ambiente**. Desde el mes de octubre del pasado año, distintos oradores han ido desarrollando un apasionante tema: El paisaje como recurso natural. Diecinueve expertos nos han proporcionado datos y claves suficientes para interiorizar que la sostenibilidad del territorio es cosa de todos.

Desde aquí, el agradecimiento del Patronato de la Fundación que presido a todas aquellas personas e instituciones que han hecho realidad este Foro. Especial gratitud para el Coordinador del mismo, el Catedrático de Ecología de la Universidad de León D. Estanislao de Luis Calabuig, por su decisiva contribución y trabajo para que el desarrollo de las jornadas y la calidad de los ponentes y moderadores de cada conferencia hayan sido modélicos.

Nos encontramos en pleno diseño de los próximos Foros en los que se tratarán diversos temas de contenido social y económico, en estos momentos de incertidumbres e interrogantes. Pretendemos complementar la formación e información y tratar de dar respuesta a las inquietudes ciudadanas en aspectos relacionados con el mundo empresarial y sus implicaciones en esta sociedad de la que somos usuarios y a la vez protagonistas de su desarrollo, todo ello con el rigor que acostumbramos y que nos caracteriza.

En nombre de la Fundación Monteleón, gracias de nuevo por estar a nuestro lado.

Un cordial saludo

A handwritten signature in dark ink, appearing to read 'Urbano González Santos', followed by a long, sweeping diagonal stroke.

Urbano González Santos
Presidente

El Paisaje Leonés

Cuando se observa la provincia de León en su conjunto resaltan las encumbradas altitudes de las montañas al norte y el gradiente en descenso hasta los páramos de la llanura. Pero este esquema quedaría incompleto si no se añadiera el territorio bajo los dominios del río Sil, perfectamente arropado en un sistema con unidad geográfica propia. Esas formas esbozadas de la morfología del terruño definen la primera visión del paisaje modelado por sus circunstancias.

Efectivamente, en un primer golpe de impresión se obnubilan los sentidos al repasar los espectaculares paisajes que recorren desde el Puerto de San Glorio hasta el de Leitariegos. Morada de torres empinadas, con relieves macizos y contrastados, soporados por estructuras geológicas de diferentes modelados geomorfológicos, golpeados, tallados y bruñidos por escalas de tiempo de diferente crono.





La Cordillera Cantábrica leonesa es testigo del nacimiento de los cauces más reputados. Cea, Esla, Porma, Curueño, Torío, Bernesga, Luna, Omaña y Sil inician en ella su recorrido meridional, mientras Cares y Sella se precipitan hacia el Mar Cantábrico, cada uno de ellos con diferente suerte de acompañamiento de plantas, gentes, historias y culturas. La montaña es el destino de las lluvias más copiosas, almacén de temporales y celliscas que aguardan en blanco hasta la verde primavera. Los cordales actúan con preferencia en la captura de las borrascas atlánticas, provocando las mayores descargas en precipitaciones al ordeñar esas nubes que tienen querencia por los vientos de direcciones nortañas. Las netas aguas se descuelgan con vértigo hacia la primera madre para darle nombre propio cuando por fin acuerdan el camino de la atracción fatal de la gravedad. Pueden alcanzarse los 1.600 mm de precipitación media anual en las cumbres e incluso puede no ser raro superar los 2.000 mm en los ambientes más escarpados, como suele ocurrir en los dos valles de la provincia que se encaran diferencialmente al septentrión. Pero las abundancias pluviales se aminoran rápidamente hacia el sureste, menguando la precipitación hasta migajas de tan sólo 500 mm en la llanura. En el valle de influencia del Sil, un efecto similar, relacionado con la orografía, dibuja casi perfectos círculos concéntricos hacia lo más profundo de la hoya. Son contrastes que tienen marcadas consecuencias

en la distribución y abundancias de los tapices de vegetación y refuerzan el carácter principal de los paisajes de la provincia. Esas diferencias pluviales entre la montaña y el llano quedan siempre patentes, aunque son más pronunciadas durante los meses fríos, reforzadas por la acumulación en forma de nieve, y algo más reducidas durante el periodo vernal.

En estrecha interacción, las temperaturas también se exponen respondiendo a los gradientes orográficos, manteniendo la lógica relación de valores más elevados a menores niveles altitudinales. Son frecuentes en las áreas montañosas valores medios entre los 6 y 8 °C, que pueden aproximarse hasta los 0°C en el invierno y no pasar de los 16°C en el verano, mientras que en las tierras bajas de la llanura la temperatura puede llegar a ser hasta cuatro grados superior en cualquier época del año, e incluso rebasarlos en los fondos de valle de la cuenca del Sil, conformando un área original con especial microclima y expresiones también únicas e interesantes en su composición vegetal, potencialidades edáficas y, por ende, en sus paisajes.





Por la posición geográfica de la provincia de León en la península Ibérica, sus ríos más importantes tienen sus nacaderos en los entresijos montañosos de precipitaciones abundantes, al amparo de los ambientes con clima de influencia atlántica, tornando después a condiciones mediterráneas en las llanuras, donde los veranos son claramente deficitarios. En consonancia con esas carencias de humedad disminuye su influencia y el potencial vital en las orillas, lo que al final se traduce en una menor anchura de las orlas verdes en las márgenes fluviales. En años normales se pueden mantener con agua hasta el verano, reduciéndose progresivamente hasta que las lluvias anuncian la otoñada. Se reponen los caudales y renacen en vigor, alcanzando de nuevo su plenitud cuando los temporales de invierno vuelven a regar y mojar las montañas, cebando el norte de aguas y nieves y resistiendo en sus reservas hasta que el deshielo hace su aparición en los primeros días cálidos y soleados de la primavera. Cuando la misma lluvia derrite las despensas de los neveros, las aguas se agolpan y embravecen hasta salir de las mayores pendientes, tornándose en avenidas e inundaciones cuando la topografía se suaviza. Son destellos puntuales en el tiempo de grandes implicaciones en los paisajes ribereños.

La transcripción al paisaje de esos fenómenos básicos y elementales se traduce en dos experiencias biológicas diferenciales con diseños evolutivos bien contrastados. Escasos

kilómetros de diferencia son suficientes para encontrar dos mundos completamente diferentes. Uno húmedo y más frío con las características típicas de los climas de influencia atlántica y otro más seco y cálido que caracteriza a los climas mediterráneos. Y entre ambos una zona de rápida transición que tiene el privilegio de servir de escenario al juego de las adaptaciones, reflejado en cambios sorprendentes, donde el paisaje canta, a través de la vida, la hechura lenta pero segura de la madre naturaleza.

El sistema hidrológico con su red de drenaje, acoplado indefectiblemente a la orografía actual del territorio es una forma natural de interpretar el paisaje. Por otra parte, los flujos del agua y su comportamiento anual y estacional organizan al resto de los sistemas ecológicos en función de sus niveles de dependencia, e igualmente determinan y modelan las potenciales formas de explotación y aprovechamiento por parte de la especie humana, condicionadas siempre por la necesidad de este recurso. En definitiva, el agua llega a convertirse en el vehículo que conecta todos los fenómenos que acontecen en el tablero del paisaje.

El territorio leonés se reparte entre tres grandes demarcaciones hidrológicas: la cuenca del Duero, caracterizada por la dominancia territorial; la subcuenca del Sil, donante del Miño, que define una comarca de gran significado por su idiosincrasia; y pequeños retazos de la cuenca cantábrica, representada fundamentalmente por los valles de Valdeón y Sajambre.







El río principal da nombre a la cuenca, se estructura como un complejo sistema de regueros, arroyos y ríos de menor orden que terminan conectando como afluentes al eje principal para definir la red fluvial, siguiendo direcciones más o menos precisas hasta llegar al perfil gravitatorio de equilibrio. Las formas del relieve diseñan la red dibujando, en estrecha colaboración con el sustrato litológico y la vegetación, paisajes diferentes para cada tramo, para cada río y para cada sistema. Es algo cambiante, pero permanente en esa mudanza. Se perfila el recorrido en un continuo proceso de erosión-transporte-sedimentación, quedando tallados con precisión los efectos de cada acontecimiento extraordinario y los del paso lento pero implacable del tiempo. Quebradas, cañones, gargantas, hoces, estrechuras, barrancos, despeñaderos, cortados, escarpaduras, terrazas, taludes, laderas, valles, vaguadas, etc, rememoran en sus fenómenos particulares el historial de los parajes fluviales.

El mayor drenaje en territorio leonés es competencia de la cuenca del Duero que llega a cubrir casi las tres cuartas partes de la provincia, fundamentalmente a través de la importante subcuenca del Esla, que presume de ser su afluente primordial en relación al caudal que aporta. Hay también una pequeña participación del Valderaduey, río llanero por excelencia y como tal con caudales que pueden reducirse hasta niveles mí-



seros. La zona centro-oriental de la provincia está recorrida por el Esla y sus afluentes el Porma con el Cuerueño y el Bernesga con el Torío. Todos ellos con nacaderos bien preñados de aguas a los mismos pies de las altas cumbres del sector leonés de la Cordillera Cantábrica, simulando en su discurrir radial hacia el sur los dedos de una peculiar mano que reúne todas las aguas a pocos kilómetros de la capital. En el centro de la provincia, el Órbigo, nacido como único heredero de los ríos cantábricos occidentales Luna y Omaña, fluye casi completamente escorado hacia la llanura, bebiendo de los aportes que le llegan por la derecha desde las estribaciones de los Montes de León, fundamentalmente del Tuerto y del Eria. Y en el extremo este, el Cea comparte estrechas relaciones de vecindad con el Valderaduey, pero consigue arrimarse algo más a las montañas en sus nacaderos y por ello acarrear mayor cantidad de agua. Drena una estrecha franja diseñando un paisaje de valle amplio y generoso de escasa pendiente que lentifica su marcha hacia el Esla ya en la provincia de Zamora.

En la cuenca del norte el Cares y el Sella, aunque de escaso recorrido por la provincia, tienen sobrado renombre avalado por los parajes que campean. Sus valles de Valdeón y Sajambre son los únicos paisajes representantes de la alta montaña. Comparten vecindad, orientación y hazañas geológicas, pero se mantienen singulares en la estructura y diferentes en sus paisajes al resto de la provincia. Peñas y torres atrapan los atributos de peculiaridad y el fondo escénico, simulando en su conjunto recipientes cerrados. Cuencos tajados por impresionantes brechas por los que escapan sus ríos principales, orgullosos de haber labrado la Garganta Divina y el Desfiladero de los Bellos. Bajo las crestas rocosas de blancas calizas y negras silíceas, tras las pedreras y allí donde la profundidad del suelo ya no compromete a la vegetación, aparece una flora rupícola en muchos casos de distribución original. Por debajo aparecen los hayedos tapizando las laderas umbrías ya atenuadas de las Montañas de Europa, con manchas salpicadas de bosques mixtos en las laderas medias y más soleadas, donde robles albares y negrales, plágamos, nogales, mostajos, avellanos y tejos dan vida a un hábitat típicamente atlántico. Acebos en los claros y en enclaves puntuales servales y abedules se hacen acompañar de sotobosque de arándanos. Majadas como la de Vegabaño dan nombre propio a una tradición centenaria. Para la despensa de invierno se guarda la siega de los prados esparcidos, a tiro de carro chillón de cada pueblo, en las laderas de pendiente más suave o en el valle. Pueblos con siluetas de hórreos y hogares de piedra. Paisajes que enseñorean su cultura y tradiciones, que pintan en verde y rezuman humedad hasta en los topónimos.

En las cabeceras de los ríos la humedad se extiende con benefactor influjo mas allá de las venas fluviales, describiendo paisajes donde el blanco manto de las nieves in-





vernales no se cambia por el verde tapiz vegetal hasta bien entrado el verano. Se hace esperar el desperezamiento del letargo del frío, pero brotan las exuberancias por doquier cuando el calor rompe los umbrales impuestos por la fisiología.

La vida asociada a los ríos depende de varios factores: la energía solar en sus formas de luz y calor, el agua misma como declaración específica de los caudales y su forma de manifestarse, el oxígeno disuelto imprescindible para respirar y el alimento, en el propio río o en sus alrededores. Estas variables derivan en gradiente longitudinal y todo ello se imbrica y relaciona a través de la cadena trófica, organizando un sistema biológico que se desliza, al igual que el río, en un engranaje de continuo cambio desde el nacimiento hasta la desembocadura, ofreciendo una gran variedad de paisajes en incesante mutación.

Hay otros paisajes del agua que encuentran su apoteosis en la montaña, como los que surgen en la cabecera del Porma dejando constancia de personalidades bien contrastadas. Mientras el lago de Isoba se adorna con orlas de vegetación acuática por sus orillas, el lago Ausente, desdeñoso y altanero, muestra sus aguas tal como son, frías y casi inmaculadas de solutos minerales, reacio a que la vegetación fije allí sus cuarteles





por falta de alimento. El resto de la montaña no es falto de cuencos, más o menos extensos, que recogen el líquido elemento en diversas formas y circunstancias, pero que siempre y en cualquier caso son referencia obligada en el paisaje. La comarca de Babia es un buen referente de estos sistemas. El lago Chao, las lagunas de la Mata, la laguna de las Verdes o la laguna de Lago de Babia, todas ellas de origen glaciar, son una prueba de esa interesante variabilidad.

En los mismos veneros, y acariciada por las frías aguas que surgen de las exprimidas nieves, la vegetación acuática se afana por ocupar lugares de privilegio en los incipientes regueros enmarcados entre verdes prados, seguramente añorando la falta del arbolado que no ha podido conquistar esas cimas o que después de hacerlo ha sufrido los envites de la especie humana desterrándolo casi para siempre. En los primeros trances la velocidad de la corriente y la frecuente naturaleza rocosa del sustrato son evidentes factores limitantes para la vegetación superior. El asiento dominante de rocas y cantos de las cabeceras expresa la falta de limos y arcillas, desarraigados por la fuerza del agua y arrastrados hasta remansos y azudes que sirven de momentáneo reposadero. Los musgos pueden arraigar en las piedras y en las orillas se asoman las típicas especies higrófilas de las praderías de siega tan típicas en los paisajes de los primeros trechos de valle abierto. Son sin duda ambientes muy inestables y por lo



tanto biotopos que necesitan de una exquisita especialización biológica para permitir una eficaz supervivencia.

La vertiente sur de la Cantábrica comparte tradiciones de trashumancias y filandones. La escasez de pastos veraniles tuvo en otros tiempos pasados una gran importancia histórica y económica. Las praderías de los puertos de la montaña leonesa, aprovechables durante cinco meses al año cumplían los requisitos necesarios para cubrir perfectamente las carencias estivales de los pastos y dehesas mediterráneos de la península. La necesidad fue en aumento y por ende la superficie pastada, hasta llegar incluso a la sobreexplotación y consiguiente degradación del suelo. El declive de la Mesta supuso el abandono del pastoreo y el inicio del proceso de regeneración de la comunidad vegetal que ha llegado a nuestros días en forma de grandes extensiones ocupadas por matorral que dan la impronta al paisaje. Brezales, urzinas y piornos cubren una parte importante de la montaña leonesa, sembrados no pocas veces del impacto de los incendios provocados, como reminiscencia de una cultura que hoy, sin motivo y cargada de una gran dosis de ignorancia, pintan de negro los paisajes y el porvenir de la montaña. Todavía se subastan algunos puertos para





ser utilizados por el ganado, aunque en una proporción mucho menor a la de los momentos de esplendor y se mantienen bastantes brañas, en recuerdo de lo que fueron las trashumancias estacionales de amplitud local.

Quedan sin embargo otros escenarios del paisaje que dan singularidad a la montaña, como los hayedos de los alrededores de Riaño, de Valporquero y de Cabornera, o los interesantes fayeus de Rioscuro y Caboalles de Abajo en el Alto Sil. Las longevas carballedas de roble negral ocupaban los terrenos llanos y los fondos de valle de suelos compactos donde perseveraban con sus raíces en la humedad. Hoy todavía se pueden encontrar por toda la montaña con mezclas de otros robles en manchas importantes y de extraordinaria singularidad como la del bosque de Oville, o los robledales de los montes de Villablino, Caboalles o Palacios del Sil más propensos a sufrir en conjunto el impacto de los incendios forestales. La robustez del roble albar hace su aparición dominante y majestuosa en el bosque de Hormas en Riaño, conformando con sus vetustos especímenes paisajes de magia y ensueño, cobijo frecuente de especies emblemáticas como el oso o el urogallo. En Babia aparecen en extensas manchas mixtas con roble carbajizo y abundancia de singulares abedules, tejos y acebos. Y en el Alto Sil se manifiestan distribuidos en solanas y canchales, con frecuencia entremezclados con el roble marojo.

Como contrapunto, en estos parajes montañosos donde todavía las precipitaciones deberían aportar al suelo una beneficiosa humedad, el ambiente puede convertirse en algo adverso, simplemente porque el suelo pierde casi toda su potencia, oponiéndose al desarrollo de los bosques que deberían corresponder por la posición latitudinal y altitudinal. Estas condiciones son precisamente las ocupadas por la sabina albar en dos localizaciones de paisaje singular y relictos en la provincia de León. La nebrada de Crémenes, encumbrada en una solana de fuerte pendiente, resiste al tiempo con nebrus añosos, de retorcidos y acerados fustes nacidos de la misma piedra y exultantes por una conquista prodigiosa. Las condiciones de supervivencia y de mantenimiento en la zona son extremadamente delicadas. Solamente resisten donde ninguna otra especie podrá hacerlo. Tan pronto como el suelo se fortalece, o cambia mínimamente la exposición, tienen que competir y compartir con el quejigo. En la ladera opuesta todavía las hayas aprovechan las ventajas umbrosas. En la montaña de Luna el sabinar de Mirantes puntea de nebrus algo más estilizados la falda de la vertiente en solanera, reflejándose en las mismas aguas del pantano, y desafiante por su resistencia a los últimos envites de la especie humana, después de haber llegado en el transcurso de los últimos miles de años a la posición más occidental y septentrional de su distribución en la península Ibérica, constituyendo un hecho geobotánico sobresaliente. La acción selectiva del ganado ha favorecido sin duda a la sabina albar y así permanece para ser mostrado como uno de los paisajes más peculiares de la provincia de León.

El pino silvestre, antaño poblador abundante en la Cordillera Cantábrica, se ha mantenido también como bosque relictos en el pinar de Lillo. Majestuoso, con su tronco





recto, se disputa con abedules, acebos, tejos y principalmente hayas, un enclave que han sabido conservar desde el retroceso de la última glaciación, a pesar incluso de los años de historia humana cargada de no pocos episodios de talas e incendios, hasta que ha conseguido por méritos propios hacerse un hueco en las guías de naturaleza.

En los tramos intermedios de los ríos, las aguas se visten de tonos azulados, se reducen la pendiente y la velocidad, cubriéndose los lechos de gravas y pequeños cantos. Paisajes de dominio pétreo participan como telón de fondo, mostrando los infinitos tonos de grises que pintan las pizarras y cuarcitas y sobre todo los más blanquecinos de las moles calizas. En algunos casos los bloques calcáreos pasan a primer plano en forma de hoces como las de Vegacervera, tajadas por el río Torío en cortes de hasta 500 metros de profundidad y anchuras que sólo permiten el curso de las aguas y la línea ondulante de los caminos del hombre que aprovechan la hendidura natural para atravesar la montaña. La mole caliza presenta los típicos procesos de dilución en superficie y toda la gama de filigranas subterráneas que acompañan a los ambientes kársticos, donde el agua juega el papel de escultor eterno y es esencia misma de esos crípticos paisajes, como los que se esconden bajo Peñaviva y Pico Cimero a los mismos pies de Valporquero, aflorando después en la Fuente del Infierno. Semejante hazaña ha modelado el Curueño en las hoces de Valdeteja o de Nocedo, quizá con más humildad, pero con singularidades que requieren atención, como la coqueta cascada que se desploma por el arroyo Valdecésar desde Valdorra. El desfiladero de los Calderones sigue un esquema similar de talladura a pequeña escala, excavado por el arroyo, sólo corriente en los episodios del deshielo, y que únicamente permite el paso a pie por el mismo cauce en una vereda de pedregales hacia los puertos que culminan la travesía de la garganta.

Algo más abajo aparece una estrecha banda de saucedas arbustivas que contribuyen con eficacia a fijar los márgenes resistiendo los desafíos de la erosión, como ocurre en las fases jóvenes de los ríos Esla, Porma, Orbigo, Omaña o Sil, donde el bosque de ribera se ensancha con una orla de fresnedas de fresno excelso, acompañado en esos parajes montanos de robles y arces. Es frecuente que el límite de la fresneda esté precedido de una franja de espinares con endrinos, zarzas y rosas, junto a lianas de madreselvas y zarzaparrillas. El sauce cantábrico, de hojas lanceoladas y brillantes con pelos sedosos de apariencia plateada, es quizás el representante más emblemático y el elemento más conspicuo en estos paisajes de costanera fluvial, aunque aparece siempre acompañado de una importante variedad de mimbreras.

Las tierras altas se manifiestan en la provincia de León como una secuencia casi perfecta de valles y lomas que apuntan con la orografía hacia la confluencia con el padre



Esla. La mano del hombre aumenta su influencia en el paisaje, dejando sólo manchas naturales donde el roble melojo campea con mil artimañas a la contra de la presión humana. Los valles se ocupan con cultivos ávidos de la humedad del curso natural, incluso suplementada con artilugios para el regadío, arrinconando la línea natural riparia hasta la misma madre del cauce. En las pendientes suaves y en la coronación de las lomas los cultivos de secano marcaron la impronta en los paisajes de antaño y hoy, en su mayor parte, se muestran como tierras marginales abandonadas, cubiertas de brezos que muy de cuando en cuando son pasto de intencionadas llamas en una falsa búsqueda de terrenos perdidos, que no hacen otra cosa que perderlos aun más en manos de una implacable erosión que arrastra los pocos limos hacia los cauces.

En los momentos críticos de la historia humana el suelo era el primer recurso para tratar de conseguir tapar los agujeros del hambre. Las tierras se roturaron en sitios cada vez más inapropiados y pobres, malviviendo en las penurias y desarbolando lugares de difícil regeneración. Sólo los mejor adaptados a esos desafíos podían subsistir y el mejor ejemplo es el del roble melojo, que a pesar de los apremios ha mantenido una cobertura en manchas más o menos extensas y con diferente suerte de conservación en toda la zona de transición entre regiones climáticas. Bien preparado para vivir en suelos ácidos y con una capacidad de rebrote inigualable es el paradigma de la resistencia contra todo lo que le acecha.



Una de las acciones más frecuentes en esta zona durante las últimas décadas ha sido el cultivo con plantaciones de pinos. En el mejor de los casos en zonas ya muy degradadas que no permitían otro mejor uso pero, abusando de la proyección comercial maderera, ha llegado incluso a ocupar parte del territorio previa eliminación de las comunidades autóctonas, menos rentables económicamente. Ese cambio, por razones sociales de casuística muy variada, disparó la problemática de los incendios forestales, aumentando el riesgo de empobrecimiento de unas tierras ya marcadas por el declive. Pero hay en la provincia de León manchas de pinares naturales o naturalizados de gran importancia ecológica y económica. Quizá los mejor conocidos sean los pinares de Tabuyo en la falda de la sierra del Teleno, donde los negrales exhiben una historia de equilibrio entre conservación y explotación que ha marcado a toda una comarca. El pino bravo, de porte esbelto y de copas nítidas y ligeras, peina al viento largas acículas, gruesas, recias y pinchudas. No es ajeno a los incendios pero está especialmente adaptado a ellos.

Sin embargo en las llanuras, donde los extensos páramos resplandecen hasta el dolor en pardos y amarillos, el verde se agarra y se refugia en estrechas líneas que acompañan muy de cerca a los cursos de agua, buscando la necesaria humedad y la ansiada frescura, que permita engañar a las perseverantes sequías dominantes en campo



abierto. En estas circunstancias los cursos fluviales, continuos o estacionales, son elemento singular del paisaje.

Las tierras bajas definen un paisaje llano fundamentalmente cubierto de cultivos, tanto de secano como de regadío y escasas manchas de vegetación natural. En los páramos el contraste con el curso de los ríos y su orla de vegetación acompañante, aunque estrecha, es mayor cuanto más al sur, rasgando los secarrales mediterráneos con verdores lineales que dejan patente las diferencias de humedad del suelo. Pero el paisaje no es monótono. Multitud de especies están perfectamente adaptadas a estas condiciones y la diversidad se palpa en miles de colores por primavera. El secano juega perfectamente su baza incluso en los terruños ordeñados a golpe de arado y sobre todo en aquellos ambientes rurales, cada vez más escasos, que no conocen las geometrías de la concentración parcelaria. La pérdida de diversidad es mayor en las transformaciones con regadío. La tendencia al monocultivo, fijado por el imperio comercial del momento, homogeniza y reticula el paisaje, marcando tendencias y cambios bruscos. En muchos casos los cultivos de leñosas como el chopo canadiense, más cómodo y desentendido, se va apropiando parcela a parcela de estos ambientes convertidos.

Las únicas y escasas manchas de arbolado natural pertenecen a encinares y quejigales. Son importantes los sardinales de la comarca Bañezana y Maragatería y los de más al sur por los términos de Castrocabón y Castrocontrigo, así como los relictos en tierras de Valencia de Don Juan. Algunos recuerdan por su aspecto y aprovechamiento las dehesas charras o extremeñas, cual es el caso del encinar de la Cenia camino de la montaña desde Mansilla de las Mulas, mientras que otros enseñan un porte más abigarrado en bosquetes cerrados donde árboles, carrascas y chaparras llenan todas las alturas. Y en los claros, al igual que en las parcelas de cultivo abandonadas, tomillares, escobares, estepas o jaras cubren las etapas intermedias de una sucesión natural difícil de llegar a término. Los quejigales del sureste, entre Sahagún y Valderas puntan por Tierra de Campos escasos y dispersos, simplemente como recuerdo, aunque algunos ejemplares han merecido nombre propio.

Los tramos bajos de los ríos, coinciden con esas zonas de llanura, con atenuadas pendientes y ralentización de las corrientes, dibujando con frecuencia meandros en el paisaje y acompañando los cauces con islotes y brazos, donde se templan sus aguas, verdean los tonos de color y se cubren sus lechos de arenas y limos como respuesta a dinámicas de sedimentación. La comunidad biológica cambia radicalmente de adaptaciones, proliferando los organismos que se dejan llevar al pairo en aguas tranquilas o remansadas. Aquí la vida puede llegar a ser copiosa, diversa, organizada en cadenas tróficas con todos los niveles posibles y muy adaptables a cambios ambientales y relativamente resistentes a condiciones severas de calidad del agua.

A medida que la corriente va perdiendo fuerza y aún las aguas no están muy cargadas, otras plantas se animan a asaltar los ribazos, que en los tramos tranquilos, cuando no son pedregosos dan paso a prados más extensos aprovechando la adecuada humedad que puede empapar el entorno de las raíces. En las vegas más llanas, abiertas y fértiles de los cursos medios del Esla, normalmente asentadas sobre la terraza cuaternaria del río, la frescura y abundancia de la ribera se prolonga transversalmente hacia el llano en sotos perfectamente secuenciados que responden de manera ajustada a la humedad del suelo, cada vez menor y más profunda. Las saucedas arbustivas se mantienen todavía en primera línea, resistiendo a las arrolladas en un eficaz enraizamiento. Aparecen después formaciones ripícolas características, bien diferenciadas ya del resto de la vegetación de las laderas que tienen que soportar las sequías de los veranos mediterráneos sin las ventajas que aporta la humedad freática de la proximidad de los ríos. Las alisedas quizá sean las comunidades más típicas en estos tramos, medrando en suelos húmedos, a diferencia de los álamos y chopos, que son más propios de zonas con inundaciones temporales. El siguiente piso, aquel que se inunda en



las crecidas de cierta categoría, solía estar ocupado por las choperas, aprovechando la humedad permanente y al mismo tiempo oscilante del suelo de derrubios. En las alamedas naturales los chopos y los álamos pueden coincidir con los fresnos. También se suman a esta comitiva varias especies de salgueros. Aunque ese es el esquema teórico de lo que debieron ser las vegas en su estado natural, también es verdad que han desempeñado un papel capital en el desarrollo de las actividades y asentamientos humanos y como ejes de comunicación, presentándose en la actualidad intensamente transformadas en huertas, prados o cultivos de chopos. Aunque el potencial de bosques de ribera es muy grande en la provincia de León no quedan más de una veintena de alisedas como reductos de importancia.

Con frecuencia las infraestructuras humanas son elementos significativos de estos paisajes en forma de vías de comunicación, cruzados por caminos de servicio para las labores y atenciones agrícolas y forestales. En las zonas de regadío los canales principales corren por el extremo distal de la terraza, conectando con redes transversales toda la vega. En estos casos las concentraciones parcelarias han homogeneizado el valle, reduciéndolo a parcelas geométricas de paisaje monótono. Resulta muy rara la presencia de elementos del antiguo gradiente arbóreo. En el mejor de los casos queda alguna representación relicta del bosque ribereño en los linderos entre fincas o como acompañantes de senderos poco movidos, formando estrechos setos vivos entrelazados con mimbres y varales. Son las sebes, elemento ecocultural casi relicto de los paisajes de vega y muy frecuentes hace unas décadas por todo el territorio leonés.

También es frecuente en estas zonas la querencia anómala de la expansión de núcleos urbanos, enterrando para siempre los suelos que antaño fueron los más fértiles.

Las pendientes se suavizan, las corrientes del río se calman, el cauce se ahonda y los fondos se cubren de limos y fangos. El desarraigo por los impulsos del agua ya no es un factor limitante. El agua baja ahora cargada de nutrientes y frecuentemente coloreada en pardos. En aguas muy remansadas, en charcas y lagunajos, pueden hacer su presencia las plantas flotantes no enraizadas como la lenteja de agua, bien adaptada igualmente a situaciones de alto contenido en nutrientes. Estas formaciones son muy típicas en los ambientes de agua estancada donde recubren casi completamente la superficie con un manto verde y denso ofreciendo al paisaje motas de colorido contrapuesto. En las orillas de los tramos bajos son muy frecuentes las anchas cortinas de espadañales o carrizales que actúan como formaciones de transición entre el sistema acuático y el terrestre. Aparecen como pequeñas murallas de cerrada e intrincada espesura de gran influencia en la estructura y función de los paisajes ribereños. En la zona más alejada de los sotos pueden hacer su presencia las olmedas, ocupando las llanuras de inundación de estos valles amplios y bajos, en compañía de fresnos y nogales.

Cuanto mayor es la distancia al eje del río, mayor ha sido el impacto humano en los sotos, hasta el extremo de que en la provincia de León no se encuentra ya ninguna olmeda ni tan siquiera en condiciones medianamente aceptables, habiendo sido invadidos sus hábitats preferentes por cultivos y pastizales, independientemente del efecto nefasto de la grafiosis en los olmos, que ha terminado por aniquilar a esta especie de tanta conexión con la población rural. Han sido sustituidos por los cultivos de chopo que siguen extendiéndose, no solamente por las zonas de inundación próximas al río, sino también por las parcelas de regadío, desplazando a los cultivos anuales. La demanda de madera se acomoda bastante bien al rápido crecimiento de algunas especies consideradas de alta rentabilidad, ocupando buena parte las cuencas fluviales de la provincia de León. El paisaje traduce la regularidad y la geometría en monótonas manchas de formas y colores.

La marca del agua también se deja ver en múltiples ojos por todo el páramo como testigos tangibles de las corrientes invisibles y subterráneas. Su fluctuación natural queda al arbitrio de las condiciones climáticas y de las actividades humanas. La variedad es múltiple en cuanto a su envergadura y régimen de permanencia del espejo del agua sobre la superficie terrestre, pero en cualquier caso rompen el color monótono de las tierras secas circundantes. Las hay permanentes como las de Villadangos del Páramo, Sentíz, Laguna Grande de Bercianos del Real Camino o Chozas de Arriba,



semipermanentes como las de Villaverde la Chiquita, Laguna Grande de Valdepolo, Redos o Rey y estacionales, en todas las versiones de somera longevidad, desde las anuales que se recargan todos los años, pasando por las habituales que sólo lo hacen con cierta frecuencia, hasta las ocasionales que únicamente reflejan cuando la bonanza de lluvias es considerable en comparación con años normales más secos. Muchas han sufrido el fuerte impacto de alteraciones humanas, desvaneciéndose en el paisaje o estando en trance de desaparecer, desarticuladas por las redefiniciones territoriales de la concentración parcelaria o literalmente ahogadas por los planes de regadío, cuando no contaminadas y maltratadas como receptores de las inmundicias del desarrollo. Su función ecológica y paisajística en medio de los yermos páramos era innegable, por lo que sería necesario reconsiderar su valor y favorecer y potenciar su conservación.

La subcuenca del Sil ocupa algo menos de un cuarto de la provincia de León, definiendo de manera natural la Comarca del Bierzo, en forma de cubeta, con los ríos Boeza, Burbia, Cua y Cabrera como afluentes más importantes, que terminan por transformarlo en un caudaloso río.



El Bierzo constituye como conjunto una unidad natural de características específicas y originales por su morfología y su significado geográfico. Sus paisajes tienen un sabor especial, impregnado de formas y colores característicos que recorren toda la cuenca leonesa del Sil, desde la hoya hasta el cordón montañoso que siempre aparece como fondo escénico. Una hendidura lo separa de la cuenca lacianiega, marcando un hito geológico donde el retranqueo del Sil capturó las aguas del Luna hasta el Puerto de Piedrafito de Babia. Igualmente casi queda estrangulado el curso del río en su tránsito a tierras gallegas, con angosturas y gargantas que terminan por dar forma a un cuenco donde la naturaleza se ha merecido el nombre de vergel para conocer la comarca.

La fértil vega exhibe su particular cuerno de la abundancia, en el que un gran número de cultivos hortícolas y frutales se reparten el paisaje en medio de una maraña de facciones humanas, donde los pueblos se entretejen sin solución de continuidad entre caminos y carreteras. En las laderas suaves dominan y campean las vides, con parras de diseño arquitectónico cada vez más ajustado a una explotación fácil, pero con destellos de sabor y colorido que son los de siempre.

Los castañares son elementos consuetudinarios del espacio berciano. Cultivados o bravos, los sotos de robustos castaños y redondeadas copas han sabido aprovechar las favorables condiciones climáticas para imprimir carácter en estos paisajes. Exhiben sus candelas en fechas prevernales y los erizos, con apoteosis de magosto, por los Santos. Aunque siguen sufriendo los envites de la tinta y del chancro, todavía perviven en el Bierzo sotos afamados que dejan patente su importancia en la historia y en las tradiciones de esta comarca, recordando por doquier la siembra de topónimos que avalan su influencia.

La vegetación genuinamente autóctona también encuentra su gradiente hacia las cumbres. En las zonas de solana, más secas y con suelos más pobres, dominan los encinares, en algunos casos con manchas de buena extensión, bien como dominantes o en compañía de madroñales. En suelos más profundos destacan los sufreirales con alcornoques entremezclados con sotos de castaños o definiendo rodales de empaque y renombre como los de Villafranca del Bierzo, Cabañas Raras, Pombriego o Puente de Domingo Flórez.

En los abesedos, más húmedos y sobre sustrato silíceo, los melojares de rebollo resisten bien cuando su área original no ha sido desbancada por los castañares, utilizada para cultivo o haya sido pasto reiterado de las llamas. Pero en cualquiera de estos casos, cuando la presión cesa, tienden a recuperarse con cierta facilidad, aprovechan-



do las ventajas de su eficaz sistema de rebrote y la rápida ocupación por densos y abigarrados bardales.

A mayor altitud los robledales albares y carballedas, como los que se extienden por Palacios del Sil o los de la cuenca alta del Burbia en Ancares, comparten altura con los hayedos mas occidentales, como los de Chano en los inicios del Cúa o de Busmayor en los límites con Lugo por la Sierra de Caurel. Pero las tierras arboladas están en minoría y los matorrales dominan por doquier. Primero la influencia humana en explotaciones que hacían a otros usos y después el abandono y la desidia, tornaron el fondo escénico en una pantalla de espeso matorral de urces, brezos y piornos.

Muchos de estos paisajes reúnen valores que deben ser tenidos en cuenta en el cómputo de los espacios a conservar. Algunos ya tienen el soporte de alguna normativa de trasfondo legal que asume como objetivo preservar lo que ha llegado hasta nosotros, con la finalidad de ser un legado a las generaciones futuras. Espacios catalogados como zonas de especial interés para las aves y lugares de interés comunitario se superponen casi de forma constante en toda la Cantábrica, sistemas montanos y extensiones típicas de las campiñas de llanura, para concretarse en las figuras de la Red Natura 2000, junto con las riberas de las subcuencas de los ríos Esla, Orbigo y Sil. La proclamación de una buena parte del norte provincial como Reservas de la Biosfera facilitará la coordinación del uso de la tierra para garantizar la conservación y propiciar un ecoturismo de calidad, así como actividades económicas compatibles con el medio ambiente. Habrá que añadir las cerca de 40 zonas húmedas catalogadas en Castilla y León que quedan al abrigo del territorio leonés. Y al unísono, el patrimonio de la humanidad de las Médulas, modelo de ingenio que permitió al hombre arrancar con la fuerza de las aguas las riquezas terrenales; el parque nacional de Picos de Europa, donde el Cares y el Sella pugnan entre cañones por conseguir el Cantábrico y el regional del mismo nombre que ampara entre paisajes de montaña los veneros del Esla y del Porma; los monumentos naturales de los lagos de la Baña y de Truchillas en los que el agua es el eje en entornos de singulares y agrestes valores; y los paisajes protegidos de la Sierra de Ancares y Valle de San Emiliano con urogallos y osos que sacian su sed entre robledos y abedulares; las Hoces de Vega-cervera de aguas que fueron y seguirán siendo esmeril entre moles calizas; y la Sierra de la Encina de la Lastra de barrancos ignotos y agujereados que se desploman sobre el arroyo de Val de Injertos, guardián de interesantes colonias de murciélagos. Y aún la lista de sitios de interés podría alargarse en consonancia con la heterogeneidad y belleza de los paisajes de la provincia de León.







